

El cuerpo de la patria: imaginación geográfica y paisaje fronterizo en la República Dominicana durante la Era de Trujillo

Carlos Daniel Altagracia Espada**

“All spaces contain stories and must be recognised as the site of an ongoing struggle over meaning and value”

Brian Jarvis¹

Introducción

El interés principal de este ensayo es estudiar parte de la producción intelectual dominicana sobre el tema de la frontera durante la Era de Trujillo (1930-1961) para analizar sus concepciones históricas y geográficas sobre la nación dominicana y sus enfrentamientos contra Haití. Una de las características claves de la Era de Trujillo fue el incremento del sentimiento anti-haitiano, convirtiéndose, junto a las relaciones con Haití, en fundamento del discurso histórico y geográfico de la nación. Las ideas de soberanía, nación y territorialidad, vinculadas a nociones de barbarie y a los peligros representados por los haitianos, fueron los ejes de las representaciones del pasado y de la frontera que realizaron los autores estudiados en este ensayo.

* Profesor e investigador puertorriqueño, de origen dominicano, de la Universidad de Puerto Rico, recinto de Arecibo.

¹ Jarvis, *Postmodern*, 1998, p. 7.



Las condiciones de posibilidad de las historias que analizaré hay que buscarlas, además de en el contexto en el que se registran, en el propio relato, en tanto lo asumo no como algo exterior a las relaciones de fuerza, sino como un contendor más.² Como anclaje conceptual de mi análisis asumo los planteamientos de la geografía y la historia cultural. La crítica del deconstruccionismo plantea que la verdades de la historia y la geografía son construcciones literarias poderosas que, amparadas en el discurso y el lenguaje de la ciencia, se han convertido en las “*verdades*” sagradas de aparente inmovilidad. La construcción de textos retóricos en ambas disciplinas implica un acto poético que convierte a los hechos y a los espacios “*narrados en momentos privilegiados cuya aparición resulta decisiva para la serie entera*”.³ Si resultan importantes no es por el “*hecho*” y el “*espacio*” en sí mismos, sino por el significado que se les adjudica y por la interpretación de la que forman parte y ayudan a validar. En ese sentido, ni el pasado ni la geografía son meramente “*encontrados*” por el geógrafo o el historiador; uno y otro crean y representan textualmente sus ideas sobre el pasado y sobre el espacio. Es en esa instancia donde la escritura, sea de la historia o de la geografía, se convierte en un acto de poder, en la medida en que no somos observadores distanciados del pasado y del espacio, sino que participamos en su creación.⁴

De los autores que produjeron obras sobre el tema de la frontera durante la Era de Trujillo, me concentro en Manuel Arturo Peña Batlle, Joaquín Balaguer, Freddy Prestol Castillo y Manuel Marero Aristy. Considero que estos cuatro autores

2 Foucault, *Genealogía*, 1992, p 179. Este autor comenta que es la guerra y la contención el punto de partida de la reflexión histórica “*la condición de posibilidad de la aparición de un discurso histórico y la referencia, el objeto del cual se ocupa dicho discurso*”.

3 Dorra, *Profeta*, 1994, p 234.

4 Jenkins, *Re-thinking*, 1991, pp. 68-69.



son representativos de lo que Andrés L. Mateo ha llamado la producción discursiva en la Era. Estos autores se distinguen de la tropa de panegeristas que adulaban a Trujillo.⁵ Todos lograron mostrar una personalidad auténtica “*que sobresale por su formación más profunda y abarcadora, y porque identifica en el Estado trujillista preocupaciones y pensamientos propios sobre la cuestión nacional, que son preexistentes al poder absoluto del trujillismo*”.⁶ A través de sus relatos y de los juegos narrativos que arman logran constituir una síntesis de la racionalidad de la historia nacional. En sus narraciones los “*hechos*” del pasado, contenidos en la documentación y en el paisaje de una frontera escrutada por la mirada, validarán sus argumentos como “*verdades*” que legitimaron su poder como escritores que dictaban la verdad del pasado y del presente dominicano.

Antes de continuar, es importante establecer un balance sobre los planteamientos de algunos autores que han escrito recientemente sobre el tema de la frontera. En su libro *Mito y cultura en la Era de Trujillo*, Andrés L. Mateo señala que la matanza de haitianos en 1937 fue, para la ideología trujillista, la culminación de una saga heroica nacional.⁷ Apunta que, “*en la historia cultural dominicana, la frontera es una línea épica*”, un espacio donde se libró la batalla de lo nacional. La

5 La producción de libros durante la dictadura fue inmensa, “casi inabarcable”. “Incluía publicaciones históricas, biografías del tirano, respuestas a los opositores en el exterior, discursos de Trujillo y sus funcionarios, logros económicos y constructivos, libelos contra los desertores del trujillismo, publicaciones de carácter cultural, posiciones oficiales del gobierno en torno a la política exterior, etc.” Sin embargo, la característica principal de esta producción será la repetición. Diógenes Céspedes ha señalado que “una de las formas de la eficacia de la ideología trujillista residió en la repetición de las hipérboles”. Ese era el medio necesario para comunicar “la eternidad, la divinidad y la unidad circular de la vida”.

6 Mateo, *Mito*, 1993, pp. 101-102.

7 Mateo, *Mito*, p. 112.



masacre de 1937 vino a significar “*fronteras seguras*”, la integridad de la patria. Lo interesante es que la literatura trujillista no nombra a la masacre, por lo atroz del crimen; no obstante, la matanza es parte de la gesta épica de la Era de Trujillo.

Para Mateo, la masacre señala hacia un terror que nunca, en la historia dominicana, había llegado al lugar que alcanzó en 1937. Ese terror se tradujo en la muerte, que, abonó la pila de cadáveres que se levantó para establecer, con precisión, los límites fronterizos. La intelectualidad dominicana de la Era, según Mateo, pasó del asombro del crimen a la aceptación y la resemantización del mismo; si hay fronteras nacionales, es porque hubo muertes, matanza. No es casual que Manuel Arturo Peña Batlle, uno de los intelectuales más prominentes del trujillato y el experto en cuestiones fronterizas del régimen, apuntara que: “*El porvenir de la República, la suerte sustancial de nuestro pueblo depende de sus fronteras*”, y que “*La Patria Nueva vive antes que en ninguna otra parte, en las nuevas fronteras*”.⁸

Entender la frontera como una línea épica, como un espacio donde se libraba una batalla en la que estaba en juego la nación, proporciona claves que facilitan el acercamiento a la literatura que deseo manejar. Sin embargo, tomo distancia del trabajo de Mateo en tanto lo que él analizó fue el significado y la constitución en mito de la masacre de haitianos. La masacre es parte de la épica que es analizada por Mateo. Pero, ¿puede entenderse como el capítulo final de la épica fronteriza del trujillato? A partir de aquel momento, ¿se inicia o se continúa otra épica fronteriza? Vale preguntarse cómo la noción épica de la frontera incidió sobre las formas que asumió la representación del espacio fronterizo. Además, vale la pena preguntarse cómo representaron los letrados de la Era la épica

8 Peña Batlle, “La Patria Nueva”, 1954, pp. 103-122; citado por Mateo, *Mito*, p. 115.



fronteriza, no la matanza en sí, sino la legitimación histórica de la misma. ¿Cuáles fueron y cómo fueron pensados los héroes que precedieron a Trujillo en la gesta fronteriza? La sangre y la muerte, ¿abonaron desde antes esa historia o sólo fue fertilizada para cerrarla?

Por su parte la historiadora norteamericana Lauren Derby escribe un ensayo en el que estudia la identidad haitiana en la imaginación popular dominicana antes de la masacre de 1937.⁹ Además, examina cómo la transformación de la frontera en borde afectó el significado del concepto raza en la República Dominicana. Derby puntualiza que la región fronteriza entre la República Dominicana y Haití, hasta principios del siglo XX, era una zona de intercambio comercial y cultural motivado por la amplitud del espacio, los problemas del Estado Dominicano para controlar las regiones fronterizas y por la dependencia económica de la parte dominicana respecto de la parte haitiana debido a las características económicas de ambas regiones.

A pesar de que la autora no lo discute, se desprende de su argumentación que entiende una clara distinción entre el concepto frontera y el concepto borde. La distinción está ejemplificada en la forma en que divide su estudio. La primera parte del ensayo la dedica a estudiar las interacciones entre ambos lados de la frontera, probando que se trataba de un espacio abierto que estaba desprovisto de regulaciones del gobierno. No obstante, para Derby, “*the dominican frontier effectively became a border as a result of the Dominican-American Convention of 1907, a treaty which brought the state into the daily lives of border residents for the first time*”. En los próximos apartados del estudio, Derby sugiere que la transformación del borde fronterizo

9 Derby, “Haitians”, 1994, pp. 488-524. Sobre la masacre de haitianos de 1937 ver: García, *La matanza*, 1983; Vega, *Trujillo y Haití*, 1995; Cuello, *Documentos*, 1985.



dominico-haitiano en parte de una economía global marcó la resignificación de la relación entre los vecinos fronterizos. En ese sentido, su idea de borde sugiere una concepción de un espacio controlado y regulado por el Estado.

Derby enmarca la masacre de haitianos de 1937 en el contexto de la aspiración del Estado trujillista a cerrar y controlar efectivamente la frontera, a tales efectos señala: *“official anti-Haitianism in the Dominican Republic, the reigning national dogmas ever since the massacre, sharpened the meaning of the border, seeking to render what was previously a porous frontier into an immutable scar”*. Los planteamientos de Derby son sugestivos con relación a las ideas de barbarie y peligrosidad que construyeron las élites y los sectores populares dominicanos sobre los haitianos, las que legitimarán, según ella, la masacre.

Derby entiende que la vida en la frontera ha pasado por una transformación que facilita el intercambio entre ambos países. Para ella, la frontera, antes de constituir una barrera que impide el flujo, ya sea de personas o bienes, facilita los contactos de todo tipo en la medida en que la frontera es un espacio abierto, con baja densidad poblacional y carente de regulación. En cambio, el borde, según Derby, en la medida en que su espacio está habitado también propende al contacto y al establecimiento de relaciones entre ambos lados, mas esos contactos son regulados por el Estado, ya que el borde es entendido como la piel del cuerpo de la nación, en zona de contacto con el exterior.

La autora destaca que la aspiración del Estado Dominicano por cerrar y controlar la frontera alteró el significado de lo haitiano en el imaginario dominicano, pero también transformó la identidad de los habitantes dominicanos de la frontera. En la medida en que el tema fronterizo dejó de ser un mero problema de límites territoriales y se transformó discursivamente en un problema de la



nacionalidad dominicana, el destino de los dominicanos habitantes de la frontera quedó vinculado al proyecto nacional.

Llama la atención que la autora no trabaje la construcción que tienen los letrados dominicanos sobre los haitianos antes del paso de la frontera a borde, lo que fundamenta su estudio. Su trabajo sugiere que, mientras los contactos entre dominicanos y haitianos estuvieron enmarcados dentro de la noción de frontera, los letrados dominicanos no prestaron atención a lo que allí acontecía, en la medida en que no era asumido como peligroso. Y, por consiguiente, que fue el reconocimiento del intercambio, tras el paso de frontera a borde, sumado a una aspiración de control y a una idea de nación amenazada, lo que activó la mirada de los letrados y políticos dominicanos, y lo que impulsó una resignificación de las relaciones entre haitianos y dominicanos.

Uno de los argumentos claves del libro *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*, de Pedro L. San Miguel, es que durante la primera mitad del siglo XX, los intelectuales en la República Dominicana conformaron una memoria muy particular de su historia. Organizaron su pasado y llegaron a la conclusión de que en el mismo se sufrió una gran pérdida, e identificaron una caída, escisión o fractura en el devenir de ese país caribeño. Esa discontinuidad en el desarrollo histórico provocó, entre otras cosas, el surgimiento de la colonia francesa de Saint-Domingue y eventualmente de la República de Haití. El entendido trágico de la historia fue común entre los sectores letrados de la sociedad dominicana de entonces, y respondió “a la frustración de sus proyectos de regeneración social y a los vínculos con el poder político”.¹⁰

10 San Miguel, *La isla*, 1997, p. 45. Ver además, Mateo, *Mito*.



Ante tal panorama, durante la primera mitad del siglo XX los letrados¹¹ dominicanos se lanzaron a conformar el establecimiento de un Estado con la fuerza suficiente para validar la soberanía nacional, adelantar la economía e “imponer un programa civilizador”. San Miguel añade que este proyecto civilizador, cimentado en el mercado y en el Estado nacional, tuvo como interés principal la domesticación de las masas rurales del país.¹² Pero ese proyecto civilizador, abocado a la constitución de un Estado nacional moderno, tuvo que intentar resolver problemas de espacios, lugares y formas. Era necesario construir la legitimidad del cuerpo de la patria en el cual quedarán vinculados de forma inseparable los conceptos de pueblo, nación y Estado a una idea de territorialidad. Para lograrlo fue imprescindible una producción intelectual que ordenara el pasado dominicano y estableciera la relación del mismo con ideas de territorialidad.

En este trabajo no pretendo estudiar la visión trágica de la historia que tuvieron los intelectuales dominicanos; más bien deseo partir de la misma para plantear cuál fue la imaginación y el ordenamiento del espacio geográfico fronterizo que realizaron algunos intelectuales identificados con la Era de Trujillo. Me concentro en analizar algunos textos historio-gráficos y ensayísticos de autores vinculados al trujillato; pretendo realizar un estudio sobre la conformación de sus ideas espaciales sobre la frontera y su paisaje, y cómo éstas fueron vinculadas a sus ideas sobre la historia.

Además, es mi intención enfatizar la preponderancia de la imaginación geográfica de la frontera en la conformación de las ideas de nación dominicana articuladas en sus trabajos. La

11 Rama, *La ciudad*, 1984.

12 San Miguel, *Isla* p. 45; del mismo autor, *Los campesinos*, 1997; y “La ciudadanía de Calibán” en González y otros, eds., *Política*, 1999. Ver además; Inoa, *Estado*, 1994; y Mariñez, *Agroindustria*, 1993.



imaginación de la geografía y el ordenamiento del espacio es fundamental para la conformación de las ideas de nación. Estas ideas geográficas hay que entenderlas como parte de la construcción de un paisaje (que puede ser ideal, que lo fue y se perdió o uno que es necesario domesticar) en el cual mirarse e identificarse. El discurso de lo nacional reconoce y reitera un cuerpo de la patria, por lo que el imaginario geográfico queda registrado y es representado en obras de carácter académico, en libros de divulgación histórica y geográfica, y en obras literarias. Considero que la geografía como disciplina y el pensamiento geográfico son fundamentales en las ideas de nación y, sobre todo, en la legitimización del espacio que le “*corresponde*” ocupar. Para ello se construye una memoria del espacio geográfico y del paisaje que, a su vez, incide en las formas que asume la representación de la nación. Al igual que hay imaginación histórica, un ordenamiento de la memoria y una utilización de figuras narrativas (poética de la historia)¹³ para comunicar las “*verdades de la historia*”, también hay una imaginación geográfica que es ordenada, compuesta y recompuesta.

Tiempo, nación y geografía fronteriza en las narraciones históricas de Manuel Arturo Peña Batlle

El historiador dominicano Manuel A. Peña Batlle (1902-1954) fue una de las personas que mayor importancia le prestó al tema de la frontera dominico-haitiana. Peña Batlle fue un intelectual que inicialmente renegó del trujillato, pero

13 White, *Tropics of Discourse*, 1995; del mismo autor, *Metahistoria*, 1992; y *El contenido de la forma*, 1992. Ver además: De Certeau, *La escritura de la historia*, 1993; Munslow, *Deconstructing History*, 1997; Kellner, *Language and Historical Representation*, 1989; San Miguel, “Falsos”, 1999, pp. 33-62; Pabón, “De cómo se (de)construye el pasado”, 1998, pp. 6-17.



que posteriormente se convirtió en uno de sus intelectuales más sofisticados.¹⁴ Además, fue uno de los principales exponentes de una visión trágica de la historia dominicana, que identifica como uno de sus grandes desastres el surgimiento de la colonia francesa de Saint-Domingue.¹⁵ Uno de los principales argumentos de este autor es que, con el surgimiento de esta colonia, “*quedó truncado el territorio isleño*” que le correspondía haber heredado a la República Dominicana. Esa es la coordenada de su discurso histórico que me interesa cartografiar: la importancia de las metáforas geográficas, especialmente de las corpóreas, que emplea en la construcción de su narración de la historia nacional. El discurso histórico-geográfico de este autor explora la constitución histórica de la nación dominicana, pero al unísono constituye otro discurso que la ubica y contrapone en su relación espacial con Haití.

La idea de nación que esboza Peña Batlle en sus trabajos ha sido muy bien trabajada por el historiador dominicano Raymundo González.¹⁶ En su trabajo, González destaca el itinerario del pensamiento de Peña Batlle que para él se desliza desde la asunción de posturas nacionalistas y antiimperialistas

14 Sobre el pensamiento de Manuel Arturo Peña Batlle, ver González, “Peña Batlle”, 1994, pp. 11-52; González y otros, eds., *Política*, 1999; San Miguel, *Isla*, 1997. Manuel Arturo Peña Batlle (1902-1954) Fue licenciado en Derecho. Antes de pasar a las filas del trujillato participó en el movimiento nacionalista contra la ocupación norteamericana. Durante el trujillato ocupó los cargos de Secretario de Estado de lo Interior y Policía, Secretario de Economía Nacional y Secretario de Relaciones Exteriores, fue diputado al Congreso Nacional y presidente de la Cámara de Diputados. En el servicio diplomático fue Consejero jurídico de la Legación Dominicana en Haití y Embajador Extraordinario y Plenipotenciario. Además, presidió la Comisión Delimitadora de la frontera con Haití.

15 San Miguel, *Isla*, 1997, p. 46.

16 González, “Peña Batlle”, 1994, pp. 11-52.



hasta concepciones reaccionarias y autoritarias. Para González la idea de nación dominicana que construye Peña Batlle implica una doble dimensión: la material y la espiritual.¹⁷ La primera dimensión está caracterizada por la inseparabilidad de la relación sociedad-territorio. La segunda dimensión, la espiritual, expone González, está formada por la expresión cultural. Partiendo de esta división González analiza la densidad de ambas dimensiones a partir de las ideas de Peña Batlle sobre el pasado dominicano. Mi interés, sin embargo, es analizar la significación que Peña Batlle construye del paisaje y la geografía de la frontera y la manera en que es en ese paisaje construido por él que encuentran las claves histórico-culturales que confirman su idea de nación dominicana. De manera que no asumo la división de González, ya que mi interés es estudiar la manera en que Peña Batlle entiende su imbricación.

En el libro *Historia de la cuestión fronteriza dominico-haitiana* Peña Batlle enfatiza en el vínculo entre la geografía y la historia nacional. Para el autor, la historia de la República Dominicana “*está estrechamente ligada a sus problemas fronterizos*”,¹⁸ que, tienen origen con el despoblamiento de las comunidades del noroeste y el oeste de la Isla en 1605-1606. Las llamadas Devastaciones fueron el despoblamiento de La Yaguana, Puerto Plata, Bayahá y La Yaguana. La corona española identificó tales lugares como puntos de contrabando entre los pobladores de la región y los enemigos de España. La historia de las Devastaciones es clave para la narración de Peña Batlle; esos acontecimientos fueron los que para este historiador originaron la deformación de la dominicanidad y del cuerpo en el que habitaba. En ese sentido, en la narración de Peña Batlle las Devastaciones funcionan

17 Ibid., p. 40.

18 Peña Batlle, *Historia*, 1988, p. XVI.



como un dispositivo ordenador de la historia dominicana y la haitiana.

Para Peña Batlle, la historia y la geografía de La Española están divididas en términos temporales por las Devastaciones. Las marcas temporales utilizadas por el autor quedan inscritas sobre la geografía de la Isla. En su narración, lo que posibilitó la escisión del tiempo histórico de la nación dominicana también posibilitó el establecimiento de la frontera como signo divisorio entre las naciones que ocupan el espacio insular. En ese sentido, el paisaje de la frontera quedó marcado por el efecto de las Devastaciones. Los efectos del tiempo se inscriben en el espacio, quedando el paisaje propuesto como un archivo-texto donde es posible encontrar las claves para entender el devenir histórico de la nación. La narración de Peña Batlle propondrá un paisaje ideal que se malogró.

Peña Batlle hace un esfuerzo por unir el espacio y el tiempo histórico.¹⁹ La frontera como lugar queda unido a una época particular: el tiempo en que no existía como una zona peligrosa sino como un lugar bien concebido y beneficioso para el desarrollo de la civilización. Se trata de un espacio que durante un tiempo determinado, durante los primeros cien años de colonización, fue positivo desde la perspectiva de la memoria nacional que reconstruye el autor; después de los cien años iniciales, se convirtió en un espacio negativo. Lo que implica que, si hubiese seguido un rumbo histórico “normal”, la historia no constituiría una tragedia. Es precisamente la tragedia de vivir la separación de un tiempo y un espacio ideal lo que motiva la indagación histórica de Peña Batlle.

19 Valga aclarar que el historiador también construye su propio espacio desde donde habla y trabaja. Se trata de un espacio privilegiado que posibilita una mirada hacia otros lugares y tiempos, incluidos sus muertos, para de esa manera transformarlos, más bien resignificarlos. Ver: De Certeau, *La escritura*, 1993, pp. 66-118.



Antes de las Devastaciones, comenta Peña Batlle, “*existía un país homogéneo en su formación social, completo en su extensión geográfica*”, cuyo destino estribaba en la evolución armónica de sus elementos constitutivos.²⁰ Ese país contenía el embrión de una nacionalidad y del cuerpo que la albergaría. Para dramatizar la riqueza que se tuvo, en otro de sus libros²¹ Peña Batlle cita extensamente Baltasar López de Castro, escribano de Cámara de la Cancillería y residente de la ciudad de Santo Domingo, quien escribió en 1598 *Memoriales del arbitrio para el remedio de los rescates en la Isla Española*. Las citas de López de Castro confirman la belleza y la riqueza de La Española, especialmente la de la parte norte y oeste de la Isla.

En la historia y el paisaje que construye Peña Batlle, belleza y riqueza van de la mano, son equivalentes. No es un paisaje bello por su composición de colores y formas, es un paisaje hermoso en tanto significa oportunidades económicas. En su argumentación, los comentarios estéticos sobre el paisaje que describe López de Castro remiten a lo económico. Señala Peña Batlle sobre el memorial: “*Aquí habla López de Castro del contenido potencial de la economía de la colonia, que con cualquiera de sus renglones*”, y cita, “*haría a un reino bien gobernado, rico, porque la tierra es capaz de dar abundantísimamente lo que la más fértil del mundo*”.²²

Es ahí donde se establece la seducción del paisaje. El paisaje del oeste de la Isla incluye la tierra más rica y fértil que se conoce, “*porque además del oro que allí hay, que es en tanta abundancia que en cualquier río de los que tiene (que son muchos) se halla hasta en el de la Osama que pasa junto a*

20 Peña Batlle, *Historia*, 1988, p. 46.

21 Peña Batlle, *Isla*, 1988.

22 *Ibid.*, p. 61.



las casas de la dicha Ciudad”,²³ la tierra era tan prodigiosa que el ganado vacuno nacía en cualquier temporada.²⁴ A esto se sumaba la abundancia de pescado en las costas, los ríos y lagunas, que no eran pocos. ¿Qué otra cosa podía surgir de un paisaje que incluía la tierra más rica y fértil que se conocía, sino una nación robusta y fértil?²⁵ Si Peña Batlle siente éxtasis ante los *Memoriales* de López de Castro, es por la riqueza que describen. La idea del paisaje que articula este autor está planteada en torno al valor de uso de sus componentes. Lo sublime del paisaje queda subordinado a lo utilitario y productivo del mismo.²⁶

Sin embargo, después de las Devastaciones fue un país “*sin alientos*”, de respiración dudosa, podríamos decir que asmático, en la miseria y presto a recibir, sin remedio, “*la lenta pero segura penetración de fuerzas sociales extrañas a sus esencias*”,²⁷ sin capacidad suficiente para enfrentarlas. Peña Batlle concibe el espacio geográfico dominicano como un cuerpo enfermo que sería heredado de generación en generación, sin que ninguna se hubiese atrevido a sanarlo, a curar la enfermedad que lo aquejaba. Lo que se destruyó, comenta, fue el fundamento de la colonización:

“se destruyeron literalmente la riqueza y la población de muchísimo más de medio país; quedando en el otro medio sólo un débil reflejo de lo que el conjunto hubiera llegado a ser por la vía del desarrollo normal. Esta formidable amputación a edad tan temprana produciría, necesariamente, serias consecuencias en la salud y en el desenvolvimiento del país.

23 López de Castro, *Memoriales*, citado por Peña Batlle, *Isla*, 1988, pp. 61-62.

24 Peña Batlle, *Isla*, 1988, p. 62.

25 *Ibid.*, pp. 61-2.

26 Cosgrove, *Social*, 1998, p. 231.

27 Peña Batlle, *Historia*, 1988, p. 46.



La vida colectiva dominicana sería, de ahí en adelante y hasta cierto punto, un caso de patología social”.²⁸

De la cita anterior se desprenden varias de las ideas que fundamentan la argumentación del autor. Primero, la metáfora principal que representa su idea de nación es orgánica. Por consiguiente, todas las partes del organismo nacional tienen una función particular, se supone que haya una complementariedad y dependencia entre ellas. Segundo, la metáfora orgánica plantea una concepción evolutiva de la historia y del desarrollo del organismo, que en este caso fue sacado de su rumbo lógico. En tercer lugar, el problema para el autor fue que una de las partes del organismo fue amputada, rompiendo la lógica del funcionamiento del conjunto orgánico, y lo peor de todo, o lo más trágico, fue que la herida provocada no fue cauterizada, no cicatrizó y se infectó. Por lo tanto, y en cuarto lugar, si se trata de un organismo enfermo, que supura por una herida, la frontera, lo que hay que hacer, para beneficio de la nación y del conjunto que resta, es sanearla, limpiarla, curarla la infección para prevenir el contagio del resto del organismo. Si el problema es uno de salud, de infección, entonces lo que hay que hacer, parece sugerir Peña Batlle, es desinfectar el área, iniciar un tratamiento médico para identificar las causas de la enfermedad y controlarla allí mismo, en el lugar donde más peligrosamente se manifiesta, para evitar su propagación.

En su búsqueda de cómo y por qué la República Dominicana llegó a ser un caso de “*patología social*”, argumenta que sin las Devastaciones, la historia dominicana hubiese sido diferente, y la integridad territorial se hubiera mantenido: “*es muy probable que fuéramos hoy un país de naturaleza muy distinta ya que, cuando menos, seríamos dueños de la totalidad de la isla y nuestra población sería de*

28 Ibid., p. 37.



un tipo muy superior a la actual.”²⁹ Esos son dos factores esenciales, raza y geografía, para la fundación de la nación que imagina el autor. Su idea de nación apunta hacia una homogeneidad racial y una insularidad no compartida, también homogénea. Para Peña Batlle, con esos dos factores a su favor, hubiese sido suficiente para que la nacionalidad

“un tanto confusa e inexpresiva, que hoy se mantiene sobre algo más de la mitad de la isla, habría seguido en su desarrollo, indefectible, una trayectoria menos accidentada, más firme, más segura”.³⁰

Para este historiador, el resultado negativo de las Devastaciones fue doble ya que debido a la forzosa escisión del territorio insular, la República Dominicana quedó constituida por la peor parte de la Isla en términos geográficos, especialmente en términos de puertos y salidas hacia el mar. Según él, *“se perdieron los mejores centros marítimos: los puertos del norte”*.³¹ Con las Devastaciones *“desapareció una gran fuente de producción”*, lo que implicó que la colonia perdiera *“de cuajo, el más importante puntal de su economía y de su vida: el comercio libre”*.³² Vida material y personalidad nacional van de la mano en la argumentación de este historiador. De la primera dependerá el desarrollo de la segunda. El destronque de la actividad económica y de la geografía repercutió en el *“languidecimiento profundo de la población, la miseria, y, en consecuencia, el destronque de la futura nacionalidad”*.³³

29 Ibid., p. 46.

30 Ibid., p. 46.

31 Ibid., p. 59.

32 Ibid., p. 52.

33 Ibid., p. 52.



“No echéis en olvido esta advertencia”

Mas la acción “*médica*” en la frontera durante el trujillato se inició con la matanza de haitianos en octubre de 1937. Posterior a este acontecimiento el gobierno de Trujillo puso en práctica el plan de dominicanización fronteriza³⁴ que le proporcionaría legitimidad política e histórica al “*corte*”, así fue nombrado popularmente el asesinato de miles de haitianos, y a la política de Trujillo referente a la frontera. Probablemente el ideólogo principal del plan fue Peña Batlle, a la sazón presidente de la Cámara de Diputados. La inauguración del proyecto ocurrió el 16 de noviembre de 1942 en la actividad en que se designó la población de Elías Piñas como jurisdicción provincial en la zona de la frontera. En el mejor estilo trujillista, la actividad incluyó un desfile de caballería de cuatro mil jinetes y nueve discursos,³⁵ reunió a doce mil pobladores de la región de la frontera, que se congregaron para contemplar “*el significado que el Generalísimo Trujillo ha querido atribuir a su bien loada iniciativa de crear en el extremo mismo de nuestra frontera una nueva jurisdicción provincial.*”³⁶

La conferencia de Peña Batlle es parte del programa político de dominicanización fronteriza. Sus argumentos, los recuerdos a los que recurre y las advertencias que establece, son enfáticos y concentrados. Invitan al público a recordar, allí mismo en la frontera, el lugar donde más dispersas están las semillas de la hispanidad sembradas por lo iniciadores de la colonización, para Peña Batlle, el origen común de todos los dominicanos. El tronco “*puro y homogéneo*” sembrado en la “*unidad geográfica de la isla*” debió permanecer así, “*a no*

34 Para un resumen del proyecto ver: Machado, *Dominicanización*, 1955.

35 Inoa, *Azúcar*, 1999, p. 211.

36 Peña Batlle, *Sentido*, 1943, p. 7.



*ser por el injerto” que se “acopló en el tronco pristino para infeccionar su savia con la de agentes profunda y fatalmente distintos de los que en el principio crecieron en La Española”*³⁷. Las metáforas que apelan a la naturaleza y a los árboles son importantes para la idea de nación que organiza el pensamiento de Peña Batlle y para interpelar de manera más efectiva a su público. Como ha argumentado Stephen Daniels, *“woodland imagery was deployed to symbolize, and so naturalize, varying and conflicting views of what social order was or ought to have be”*.³⁸ Las referencias a los árboles y a los bosques son utilizadas para politizar y naturalizar las relaciones sociales en la medida en que refieren a una permanencia, un afincamiento, y a un orden natural que compone el paisaje deseado, ya sea el natural o el social.

En el caso de Peña Batlle, la nación es proyectada como un árbol poderoso, de tronco fuerte, ancho, puro y saludable, plantado en una geografía entera, unida por las raíces que ya habían comenzado a compactar la tierra de la cual se nutría. El acto de plantar acentúa la impresión de propiedad y control sobre la tierra.³⁹ El espacio donde fue plantada la civilización era un espacio limpio y saludable, que fue degradado con el injerto, la colonia francesa y posteriormente por Haití: lo que vino de afuera, lo artificial que corrompió con su presencia la pureza de lo ya establecido, de lo anterior. El injerto, es sucio, artificial e impuesto, y, por lo tanto, es la causa de las

37 Ibid., p. 12.

38 Daniels, “Political”, 1988, p. 43. Daniels comenta que para Barthes *“the ideological power of trees as a symbols resides in their particular compound of the natural and the political. Their political quality (the social facts of their cultivation and management) fades, purified by the discourse of the natural”*, p. 73.

39 Davis, “Evocative”, 1988, pp. 32-42; además, Schama, *Landscape*, 1995, pp. 223-242.



desgracias centenarias debido a que alteró el paisaje idílico que conformaba el cuerpo de la nación.

El reconocimiento del peligro a la contaminación es lo que, para el autor, le proporciona sentido a la política de Trujillo en la frontera. La certeza de esa política está anclada en la afirmación de que *“la penetración viene de oeste a este, y del otro lado no hay, ni habrá jamás, interés fundamental en contener y poner dique a la corriente de una expansión social y biológicamente encauzada contra nosotros”*.⁴⁰ El enemigo identificado es peligroso en la medida en que altera la composición y la organización de la sociedad dominicana. Con su presencia, se juega la composición biológica de la patria, sus esencias naturales; la dominicanidad corre el riesgo de dejar de ser lo que es y convertirse en la diferencia de la cual desea separarla Peña Batlle. Lo nefasto de este argumento es que biología y cultura, biología y civilización van de la mano y la primera condiciona sin remedio a la segunda.

La continuidad histórica de la tragedia dominicana llegó a su final con la puesta en práctica del plan fronterizo. Señala Peña Batlle que

“después de largos años de alternativas y constante labor logramos finalmente dejar solucionado [gracias a Trujillo] la más vieja, difícil y complicada cuestión de Estado que haya ocupado jamás la mente y la atención de nuestros gobernantes”.⁴¹

El valor adjudicado por Peña Batlle a la política fronteriza de Trujillo se lo proporciona el propio dictador en la medida en que se percató de que el paisaje, si no se atendía, se perdería para siempre y, con el mismo, lo que quedaba de la nacionalidad dominicana en aquellos lugares.

40 Peña Batlle, *Sentido*, 1988, p. 9.

41 *Ibid.*, p. 7.



La conferencia de Peña Batlle enfatiza la superación de una temporalidad histórica. Ese énfasis es fundamental en tanto se trata del choque de un antes y un ahora. El encuentro de ambas temporalidades, el pasado de la frontera y el presente representado por Trujillo, en el espacio fronterizo marcará el término de una época y la inauguración del porvenir. La diferencia entre los dos tiempos históricos fue la manera de enfocar y enfrentar los problemas fronterizos. Peña Batlle pensó una historia de las acciones del gobierno enmarcada en una idea, para él, limitada de la importancia de las fronteras; esa idea estaba anclada exclusivamente en la demarcación. Señala que *“hasta hoy los gobiernos dominicanos habían enfocado el problema fronterizo sino como una simple cuestión de límites”*, sin ningún tipo de conciencia de lo que estaba en juego.⁴² Las zonas fronterizas habían estado abandonadas a su suerte, sin una norma gubernativa que las dirigiera y les diera sentido. Era en la falta de orden y de gobierno donde estribaba el problema; por eso la acción gubernativa sería *“la única capaz de afianzar intereses y crear economía”*.⁴³ Común pasado y común porvenir serán las claves para que los nacionales dominicanos sean parte de una idea homogénea de nación. Por ser la zona fronteriza donde la identidad se licuaba, era imperioso atenderla y enseñarle a los habitantes de la región quiénes eran y a dónde pertenecían.

Gracias a la política de Trujillo, el hoy de Peña Batlle resultaba prometedor e iniciaba los nuevos tiempos. Él, como letrado, fue parte de esa inauguración, de esa nueva política. La conferencia fue leída en Elías Piñas, una nueva villa, por lo que representaba una alteración o redefinición del mapa de la frontera. La política desplegada por el Estado trujillista no sólo alteraba el paisaje fronterizo materialmente, sino que

42 Ibid., p. 9.

43 Ibid., p. 10.

modificaba simbólicamente el mapa. “*En el extremo mismo de la frontera*” se creaba una nueva “*jurisdicción provincial*”:⁴⁴ un nuevo lugar organizado y vinculado al centro de la nación, custodiado por ella. El acto inaugural era festivo en la medida en que Trujillo “*ha visto*” y leído el paisaje fronterizo y se ha convencido que sus problemas van más allá de la mera demarcación. También ha visto, “*con certera mirada de estadista*”, la forma en que se ha multiplicado “*geoméricamente*” la población haitiana, lo precario de su economía y la “*desproporción*” entre la densidad poblacional de Haití y su extensión territorial. Por último, Trujillo vio

“las taras ancestrales, el primitivismo sin evolución posible que mantiene en estado prístino, inalterable, las viejas y negativas costumbres de nuestros vecinos, precisamente aquel que más en contacto se mantiene, por sus necesidades, con nuestros centros fronterizos”.⁴⁵

Esa mirada constata, confirma, una verdad de un paisaje en peligro. La mirada que construye Peña Batlle no es lateral, ni sigilosa; la acción de mirar no pretende pasar desapercibida. Todo lo contrario, es una mirada decidida y confrontadora de un problema que, con sólo mirarlo, ha comenzado a ser resuelto. Para Peña Batlle, Trujillo había entendido que la alternativa era transformar el paisaje de la frontera, que había que reseñar allí mismo la dominicanidad. Esa iba a ser la base fundamental de la política fronteriza. No era sólo marcar el espacio, como demostró Peña Batlle en sus trabajos históricos y jurídicos: había que garantizar la separación. Y el primer paso, para Peña Batlle, hacia la superación del pasado trágico, era percatarse de la imposibilidad de coexistir.

44 Ibid., p. 7.

45 Ibid., p. 11.



Peña Batlle entiende que la única política posible era la construcción de la sociedad dominicana en la región fronteriza. Descarta de plano la posibilidad de la convivencia entre ambos pueblos; la resiembra de la dominicanidad garantizaría la separación añorada. El paisaje donde debe existir la nación dominicana que imagina Peña Batlle sólo se toma como tal en la medida en que vivir en la totalidad del territorio insular se asume como una imposibilidad trágica. En términos espaciales la única política posible era

*“que cada uno haga su vida en el límite material de sus posesiones, sin que seamos nosotros los llamados a sufrir las consecuencias de la fatalidad geográfica e histórica del dualismo en que se reparte la isla, que una e indivisible halló y una e indivisa debió transmitirnos España”.*⁴⁶

Manuel Arturo Peña Batlle desarrolló una vigorosa imaginación histórica y geográfica en la cual fueron vinculados los conceptos nación y geografía. Para él, el problema nacional dominicano estaba signado por la escisión del territorio y el establecimiento de otro Estado en el espacio insular. Esto constituía una aberración histórica y geográfica debido a que su concepción geográfica de insularidad excluía la posibilidad de la coexistencia de dos naciones en una misma isla. En ese sentido, una de las características del problema nacional dominicano fue tener que vivir y sufrir una dualidad política en una singularidad geográfica.

Biología, biografía y paisaje fronterizo en Joaquín Balaguer

Joaquín Balaguer también concibió la historia dominicana como un devenir signado por la desgracia y la guerra. Pero una guerra en distintos registros como el cultural

46 Ibid., p. 11.

y el racial. Es en relación a estos registros que este autor construirá el paisaje de la frontera que legitimará sus ideas sobre la nación dominicana y el peligro que corre. Como es sabido, Balaguer fue uno de los colaboradores más cercanos de Trujillo.⁴⁷ Durante la dictadura ocupó varios puestos de importancia, como la Secretaría de Educación, carteras diplomáticas y la presidencia, pero para Roberto Cassá, Balaguer se conformó más como un ideólogo de la dictadura que como un político. Arguye que *“lo esencial en su carrera burocrática consistió en una destacada participación en la elaboración que le daba sustento doctrinal a la tiranía”*.⁴⁸

Para Balaguer el término nación implica asuntos de carácter moral y natural. El orden moral incluye aspectos relativos al idioma, la religión y *“la unidad histórica”*. El orden natural se constituye por *“la raza y otros factores físicos”*. Por consiguiente, los nacionales deben compartir unas características culturales y naturales que homogenicen a sus miembros, los impliquen y los impulsen a organizarse como un Estado en cuya *“estructura jurídica”* se contemplen *“tres elementos esenciales: la población, el territorio y la soberanía”*.⁴⁹ Los problemas que tiene que atender un Estado-nación estarán vinculados a aspectos demográficos, geográficos y de poder. Para el autor, la República Dominicana se ha enfrentado constantemente a problemas demográficos relacionados con su baja densidad poblacional y con la *“africanización de la raza debido a la vecindad de Haití”*. Los problemas territoriales los divide en tres aspectos: la demarcación fronteriza, *“el de la preservación de la soberanía en cuanto ésta se confunde con el respeto debido al*

47 Balaguer, *Memoria*, 1989.

48 Cassá, *Doce*, 1991, pp. 375-416; además: Frennema y Lowenthal, *Construcción*, 1987; Zaglul, “Identificación”, 1992.

49 Balaguer, *Realidad*, 1947, p. 11.



territorio y el de la nacionalización de las zonas fronterizas".⁵⁰ De esta manera, la integridad del territorio es considerada como parte esencial en la constitución de la nación. Su defensa, violación y delimitación se convierten en resortes discursivos de la narración que realiza Balaguer. En sus libros opera una suerte de juego territorial y espacial donde la épica nacional se pone a prueba frente a un enemigo poderoso en varios aspectos: el cultural, el religioso y el biológico. Tal prueba tiene su punto decisivo en la frontera.

Llama la atención que la idea de frontera de Balaguer no remite exclusivamente a las fronteras internacionales. Identifica como violadas a la frontera económica y a la frontera moral. La frontera económica ha sido transformada y subordinada a los circuitos comerciales haitianos. Balaguer reconstruye los contornos del territorio que ocupa esa geografía económica que ya no depende del comercio dirigido desde la República Dominicana. Para este autor, la nación económica se desdibuja en lugares como Dajabón y Elías Piña, *"además de gran parte del territorio de las [provincias] actualmente denominadas Pedernales, Independencia, Bahoruco y San Juan de la Maguana"*.⁵¹ La desnacionalización económica había llegado a tal extremo que en esos lugares la moneda circulante hasta 1930 era el *gourde* haitiano. Balaguer compone un paisaje desnacionalizado de la región ya que *"la soberanía dominicana era nominal en esas comarcas que perdieron rápidamente una gran parte de sus caracteres somáticos y pasaron a ser espiritualmente y económicamente una dependencia del país vecino"*.⁵² Para Balaguer, una expresión de la soberanía nacional debía ser la interdependencia económica de todas las partes del cuerpo de

50 Ibid., p. 12.

51 Balaguer, *Isla*, 1983, p. 79.

52 Ibid., p. 79.

la patria en un mercado nacional. En cambio, lo que observa en el paisaje de la frontera es que el centro económico dominicano no ejerce su soberanía en esos lugares. La expresión de otra economía, con otro tipo de coordenadas, provocaba que los bordes del cuerpo nacional se subordinen a los intereses haitianos, que remiten a otro centro.

Otra frontera que Balaguer ve desmoronarse es la frontera moral. Para él, el contacto con lo inferior del pueblo haitiano ha provocado que se adopten sus bajas prácticas y sus “*costumbres exóticas*”. El paisaje de la frontera moral que relata el autor es un paisaje invadido por los rasgos de lo haitiano, donde es posible identificar las

*“costumbres exóticas que no sólo conspiraban contra la moralidad del pueblo dominicano, sino también contra la unidad del sentimiento religioso. El incesto y otras prácticas no menos bárbaras, contrarias a la institución cristiana de la familia, no son raros en los bajos fondos de la población haitiana”.*⁵³

Para él, ambas prácticas se han tornado en parte del paisaje de la frontera, en la medida en que el vudú y las creencias religiosas haitianas se han apoderado “*de gran parte de la población dominicana en las zonas fronterizas*”.⁵³

Los sujetos que pueblan la frontera que narra Balaguer están infectados con lo peor del componente haitiano. El campo de la frontera se convirtió en el “*lugar más idóneo del país para el desarrollo de la delincuencia*”.⁵⁴ El campesino dominicano se transformó al tener contacto con el negro; se hizo frugal y adquirió sus vicios. La degeneración de la raza, en la discursiva balaguerista, significa la degeneración de la

53 Ibid., p. 83.

54 Ibid., p. 50. Para un ejemplo de esta forma de pensamiento en la República Dominicana ver: López, *Alimentación*, 1985.



nación, lo que es igual a que la moral y las costumbres queden supeditadas a los aspectos raciales y biológicos de los individuos. La mezcla y la hibridez atentan contra la homogeneidad de la nación soñada por Balaguer y, como propende al relajamiento de las costumbres y las tradiciones nacionales, viabilizan los peores aspectos de la cultura inferior. Lo que explica, según él, el aumento de la criminalidad y la delincuencia en las comarcas fronterizas, “*el robo de ganado y el hurto de frutos fueron comunes*”⁵⁵ en aquellos parajes.

Una mirada aterrada organiza el espacio fronterizo para percatarse de que ese espacio corresponde más a su idea de Haití que a la imagen de la República Dominicana de sus deseos. El problema, desde el punto de vista del discurso de la nación biológica, que asume Balaguer, era apremiante ya que estaba cambiando la constitución de la raza y ésta determina, según esta concepción, las expresiones culturales. Ante este panorama, el desarrollo e implementación de una política fronteriza adquiere carácter de premura. La frontera adquiere un significado de peligro en cuanto el contacto con el “*otro*” haitiano es inevitable si no se regula. Para Balaguer, es necesario reincorporar la economía de las zonas fronterizas “*a la economía dominicana, desarrollando sus riquezas agrícolas y regulando el comercio internacional*”.⁵⁶ Lo que está implícito es la invención de una nueva geografía porque en la tierra fronteriza la naturaleza no se mostraba propicia al esfuerzo humano.⁵⁷ A diferencia de Peña Batlle, Balaguer considera que el paisaje natural no favorecía la economía agrícola, lo que implicaba que para hacerla productiva había que transformarla. Había que crear un nuevo paisaje donde las

55 Balaguer. *Isla*, 1983. P.52.

56 *Íbid.*, p. 80.

57 *Íbid.*, p. 80.



aguas y la tierra fueran controladas por la fuerza y la agilidad de los hombres.

En la discursiva de Balaguer, el control del espacio no se concretiza hasta tanto el mismo no sea productivo. La productividad será la clave de la renacionalización. Si el paisaje en sí mismo no es capaz de producir económicamente para la nación, entonces hay que transformarlo, ayudarlo a ser productivo. El fomento de la economía agrícola, señala, requería *“la construcción de obras costosas para el aprovechamiento de las aguas, abriendo en unos casos extensos canales de riego y levantando en otros poderosas represas y estructuras artificiales para impedir la erosión”*.⁵⁸ La naturaleza y sus salvajes tendrían que ceder ante los símbolos de la modernidad que transformarían el paisaje fronterizo; había que construir para poder domesticar y hacer reconocible para la nación la economía fronteriza. La ciudad y sus representantes debían imprimir sus marcas en el paisaje, dejar constancia de su paso y transformación.

El paisaje moral también había que transformarlo ya que su aspecto era alarmante y trastornador.⁵⁹ Balaguer propone una especie de reconquista espiritual de los pobladores de la zona, fortaleciendo el culto católico.⁶⁰ Esa campaña incluiría la construcción de escuelas e iglesias para intensificar la educación laica y cristiana. Gracias a la escuela fronteriza se esperaba lograr la reintegración de los pobladores de la frontera a la cultura nacional y fortalecer la homogeneidad de sus rasgos. La incorporación de escuelas al paisaje de la frontera fue crucial para Balaguer ya que las mismas cumplían un *“objetivo nacionalista y económico”*. Para él, la escuela

58 Íbid., p. 80.

59 Íbid., p. 80.

60 Sobre el tema, ver: Sáez, *Jesuitas*, 1988.



“se halla al servicio de la cultura cívica y el maestro colabora en la obra de preservación del espíritu nacional que tiende a hacer de la República una comunidad homogéneamente integrada”.⁶¹

El “rayano”, en clara alusión geográfica y espacial, es el sujeto que vive cerca de la raya imaginaria que en los mapas divide a ambos países. Para Balaguer, este es un sujeto peligroso en tanto que es un híbrido. Un miedo a lo “otro” es activado y organizado por nociones de pureza e impureza, y él mismo, a su vez, organiza una geografía imaginaria donde las minorías, la imperfección, la lista de “otros” que amenazan a los sectores dominantes dentro del espacio nacional son localizados y confinados a espacios marginales. Estos espacios periferales pueden ser los límites de las ciudades o “los límites del mundo”. Por ello, más allá de los límites espaciales de la civilización, “*there were untamed people and untamed nature*”,⁶² y se deseará su colonización o su total distanciamiento.

Según David Sibley, a pesar de que los límites de la civilización están marcados por lo grotesco de los habitantes de esas zonas, los mismos no son totalmente diferentes, en términos físicos, de los supuestos civilizados. Son “*imperfectos*”, físicamente deformes, negros o tienen otras características que los distancian del “*estándar*” del blanco europeo.⁶³ El problema para los que se sienten amenazados es más grave en tanto lo grotesco no es sólo lo que se encuentra afuera, sino que entre ambos espacios existe una zona de contacto, de hibridación y de mezcla donde se concretiza un “otro” del cual, irremediabilmente, el nosotros forma parte.

61 Balaguer, *Isla*, 1983, p. 87.

62 Sibley, *Geography*, p. 50.

63 *Ibid*, p. 50.



Para Balaguer, *“el rayano es un sujeto de nacionalidad dudosa que vive al margen de las dos fronteras y se expresa con la misma naturalidad en español y en el dialecto haitiano”*.⁶⁴ Arguye que se trata de sujetos desmemoriados que han perdido contacto con el espíritu nacional dominicano. El proyecto estribaba en vincularlos nuevamente a la nación.

Para Balaguer, la tradición cultural dominicana no descansa necesariamente en la tierra de la frontera sino en el componente biológico hispano. Sugiere que la tierra y el paisaje en sí mismos no dicen nada y que es la actividad cultural de los seres humanos la que le imprime marcas y lo transforma. En ese sentido, el atraso observado por él en el paisaje de la frontera confirma el atraso de la cultura que lo habita. Balaguer no busca en el paisaje los determinantes de la historia dominicana, más bien busca en el mismo las confirmaciones de la precariedad cultural que allí se vive.

Las marcas para él eran elocuentes. Transformar el paisaje, entonces, no resolvería nada si no se transformaba culturalmente a los habitantes de la región, en tanto la frontera era el territorio por donde se colaban los agentes biológicos que minaban la expresión cultural saludable de la dominicanidad. La frontera se convierte en el lugar donde se libraría la lucha sagrada por la conservación de la ecuación raza/nación. El olvido de una memoria común y heroica que depende *“de la energía con que en cada pueblo se manifiesta el recuerdo de las glorias y los recuerdos comunes”*,⁶⁵ es uno de los causantes del desmembramiento cultural puntualizados por el autor.

La historia de la frontera debe ser visible. Contar la historia de las hazañas en la frontera era dotar de personalidad

64 Balaguer, *Isla*, 1983, p. 89.

65 *Ibid*, p. 90.



dominicana a la zona colindante con Haití; era recordar el sentimiento patriótico que una vez sintieron sus habitantes. Para Balaguer, era de vital importancia

“la designación de todas las comarcas fronterizas con el nombre de las principales batallas y de los principales paladines de la independencia, [porque] tiende a mantener vivo el recuerdo de las luchas que se libraron de 1845 a 1856 en las conciencias dominicanas”,⁶⁶ y “(...) la permanente evocación de aquellos hechos (los enfrentamientos militares dominico-haitianos durante 1845-1856), unida a la propaganda patriótica que realizan a su vez las escuelas fronterizas, contribuirá sin duda a fortalecer el sentimiento nacional en el alma de las nuevas generaciones y a devolver a los pueblos dominicanos de las fronteras la conciencia de su personalidad y la de su origen”.⁶⁷

El paisaje debía significar y evocar la nacionalidad y su defensa: que los habitantes de la frontera reconozcan la tradición de heroicidad de los hombres que la defendieron.

¿Qué mejor ejemplo que la historia de un héroe, hijo de emigrantes haitianos que huían de la revolución en aquel país a inicios del siglo XIX, que se convirtió en general de las fuerzas militares dominicanas que combatieron las huestes haitianas en la frontera sur después de la independencia del 27 de febrero de 1844? El héroe, como ha planteado Agnes Lugo, *“se ofrece como una categoría estética, un entretejido simbólico, central para la preservación del sentido y la voluntad histórica de la nación”*.⁶⁸ La **figura del héroe**, protagonista de la historia, es propuesta como uno de los

66 Ibid, p. 91.

67 Ibid, p. 91.

68 Lugo, *Identities*, 1999, p. xviii.



componentes más importantes de la imaginación de lo nacional, categoría privilegiada en la producción del ser y el saber de la nación. La biografía es el género donde mejor queda registrada la vinculación héroe-nación. Por eso fue empleado por Balaguer en *El centinela de la frontera: vida y hazañas de Antonio Duvergé*,⁶⁹ para vincular la narración histórica con la geografía y el paisaje de la frontera.

La biografía que escribe Balaguer sobre Duvergé⁷⁰ se consigna como el pago de una deuda. La escritura de la vida del personaje se ofrece como un acto de reconocimiento. Podría decirse que el relato sobre la vida y la muerte del personaje está organizado sobre una base regida por el intercambio: “*a la vida sacrificada y útil de los grandes próceres corresponde en cambio la entrada al mundo de las representaciones*”.⁷¹ En esta biografía la muerte es lo que impulsa el ejercicio de una mirada totalizadora de la vida, asumida como ejemplar y, por consiguiente, digna de narrarse por su capacidad de enseñanza. El relato de la vida de Duvergé

69 Balaguer, *Centinela*, 1974.

70 Los padres de Antonio Duvergé eran franceses avecindados en Saint-Domingue. Después del inicio de la revolución de esclavos, se mudan a Puerto Rico donde nació Antonio, a finales del siglo XVIII. Temprano durante el próximo siglo regresaron a La Española y se establecieron en Baní. Duvergé, en la historia épica dominicana, juega un rol preponderante. A él se le adjudica ser uno de los primeros dominicanos que se levantó en armas, después de declarada la independencia de 1844, para detener el avance de las tropas haitianas que invadían por la frontera sur. Además, es exaltado por ser el único militar dominicano que ha invadido el territorio haitiano en persecución de los invasores. A pesar de sus hazañas militares, según sus biógrafos, fue presa de la envidia de otro general, Pedro Santana, con menos dotes militares pero con gran habilidad política, y fue enjuiciado por una Comisión Militar nombrada por éste. La Comisión lo condenó a muerte y fue ejecutado en el Seybo en 1855. Martínez, *Diccionario*, 1971, pp. 159-161; además, Fleury, *Cien*, 1974, pp. 58-68.

71 Lugo, *Identidades*, 1999, p. 43.



mostrará la evidencia de sus merecimientos para entrar al mundo de la simbolización de lo nacional, al mundo de la inmortalidad. La cronología de la vida de Duvergé mostrará su vinculación natural y moral a la geografía de la frontera. Por ello, para Balaguer, es imprescindible su recuerdo, tanto como pago a sus hazañas frente a los haitianos, como para satisfacer una necesidad de héroes de la frontera. A la geografía de las colindancias con Haití y su gente les hace falta una figura cuya vida trace una genealogía de lucha frente a lo haitiano y, por consiguiente, en la discursiva de Balaguer como algo natural, de vinculación con lo dominicano.

Según Benedict Anderson, el nacionalismo crea sus propios emblemas y monumentos. Uno de los más importantes son las tumbas de los soldados y los teatros de batallas. La muerte se convierte en la culminación de una gama de fatalidades que engrosan la memoria nacional.⁷² En la narración de Balaguer, el espacio fronterizo se convierte en el monumento que fue defendido con la fiereza que reclamaban los acontecimientos. Por ejemplo, Cachimán, lugar que para el autor es símbolo de la nacionalidad dominicana ya que es un *“bastión inhóspito y solitario que se levanta en el mismo corazón de las fronteras”*,⁷³ fue transformado por Duvergé en una fortaleza *“en una especie de atalaya sangrienta sobre cuya cima planta invicto el pabellón de la cruz y detiene con el pecho casi desnudo las acometidas de las huestes invasoras”*.⁷⁴

Balaguer fusiona hombre y lugar, de manera que pensar en la frontera es pensar en Duvergé y recordar sus hazañas. Por eso el paisaje de Cachimán es tan importante en su narración. Balaguer convierte a Cachimán en el primer

72 Anderson, *Comunidades*, 1993, pp. 26-7.

73 Balaguer, *Centinela*, 1974, p. 51.

74 Ibid, p. 51.



reducto de la nacionalidad en medio de los desiertos sureños. Construye un paisaje-testigo “*del heroísmo nacional en aquel territorio favorito de las invasiones*”, ubicado espacialmente, en un mapa narrado, entre Arroyo Seco y Carrizal, en la propia línea fronteriza. Se trata, continúa la narración del mapa imaginado, de un valle con una vegetación ingrata, cercado por colinas que le sirven de protección natural. Su ubicación privilegiada lo propone como un objetivo codiciado por ambos ejércitos. Por supuesto, que la batalla fue sangrienta y la victoria dominicana se debió a la astucia y la pericia militar de Duvergé.

Cada lugar de la frontera, con sus muertos particulares, reclamará una heroicidad que la vinculará a la historia nacional. Como ha planteado Foucault, “*la guerra es justamente lo que hace inteligible a la sociedad y, a partir de aquí, a la emergencia de todos los discursos históricos*”.⁷⁵ El discurso histórico sobre la frontera que construye Balaguer es un discurso de poder que gira en torno a la guerra. Lo es porque en el mismo ejercicio de contar la historia se ejerce el poder, se narra desde una intencionalidad que aspira a demostrar una superioridad militar, por una predisposición dictada por el mundo divino, la que de antemano ya había elegido a un ganador y a un héroe. Es, por otro lado, un discurso sobre la guerra porque la misma será el medio que impulsará la expresión de la nación. Si no hay guerra, no hay pruebas fehacientes de que existan hombres dispuestos a morir por la patria. Sin guerra no hay pruebas de heroicidad, ni de muerte, ni de sangre, que son las evidencias exigidas por el patriotismo.

Por eso el machete y el combate cuerpo a cuerpo son propuestos por Balaguer como los instrumentos forjadores de

75 Foucault, *Genealogía*, 1992, p. 173.



la independencia.⁷⁶ En la narración Balaguer parece estar obsesionado con los cuerpos, especialmente con los de los haitianos; ansía ver su sangre vertida por el valor del soldado dominicano, que enfrentaba las balas con su propio cuerpo. Es un discurso histórico que se auto-intensifica y a la vez configura una versión de la historia de la nación en la medida en que la guerra, los lugares de las batallas, sus muertos y héroes merecen ser recordados. Recordarlos implica significarlos y fijarlos en el espacio fronterizo para que su nombre active unos recuerdos particulares.

Duvergé eclipsará a todos los falsos héroes que surgieron durante la guerra; su nombre, gracias a sus proezas, para Balaguer, está permanentemente grabado en el paisaje de la frontera. Decir frontera implica pensar en Duvergé: el militar y el espacio evocan un tiempo pasado que cumple una función: recuerda batallas y triunfos donde el peligro reclamó la acción de los hombres. El peligro, aunque superado en aquel momento, puede volver a hacerse presente. Debido a esa posibilidad es que la vida de Antonio Duvergé es importante para la nación. Siempre será el ejemplo a emular, una vida ejemplar de militar incansable, fascinado por el embeleso y el embrujo producido por el cuerpo de la patria, por el paisaje fronterizo. La lección de historia que dicta finaliza enfatizando la pertenencia de Duvergé al paisaje de la frontera ya que

*“su nombre fue grabado con letras de fuego en los muros de Cachimán, en las peñas de El Número, en las barrancas de El Memiso, en las llanuras calcinadas de Azua, en Las Matas de Farfán, en las de Bánica, en las de Fort Verrete, en las de El Barro, en las de El Puerto, en las de la Hinchá y en la de Las Caobas; su planta de titán quedó marcada en territorio haitiano y en toda la parte sur de la línea fronteriza”.*⁷⁷

76 Balaguer, *Centinela*, 1974, pp. 119-22.

77 *Ibid.*, p. 178.



El espacio fronterizo, a través de la figura del héroe, fue vinculado a la memoria nacional.

En las narraciones estudiadas, Balaguer articula una concepción racista de la nación. Los elementos que, para él, corrompen la composición biológica de la nación dominicana, los haitianos, ya la han penetrado y los signos que lee en el paisaje de la frontera lo comprueban: degeneración moral y religiosa, enfermedades y delincuencia. Lo interesante es que, porque la frontera no ha cumplido su misión de separar, la política fronteriza debe, además de asegurar la separación, transformar el paisaje y, sobre todo, a los sujetos que lo habitan. Parte de ese trabajo consistía en vincular el espacio de la frontera a la historia nacional, reconstruir una memoria de las batallas y los héroes que marcaron los parajes de la frontera. Los lugares tenían que ser resemantizados. A los habitantes y a las regiones de la frontera había que construirles un pasado beligerante frente a Haití que se insertará como parte fundamental de la memoria heroica dominicana.

Viajes y exilios a la frontera en Freddy Prestol Castillo y Manuel Marrero Aristy⁷⁸

Parte de ese trabajo recayó sobre los hombros de los agentes culturales fronterizos, puesto creado en 1943 como parte fundamental del plan cultural de dominicanización de la frontera. Fundamentalmente el trabajo de los agentes consistía en establecer medidas para contener la penetración cultural haitiana, implementado un plan de acción basado en la enseñanza de geografía, historia y civismo en la región fronteriza. En esta sección analizaré una novela y un folleto sobre la frontera de dos de los más famosos agentes culturales fronterizos.

78 Esta sección es un adelanto de un artículo más extenso que estoy trabajando.



La escritura de la novela *El Masacre se pasa a pie*⁷⁹ fue el producto del tiempo que su autor, Freddy Prestol Castillo, estuvo destacado en la frontera. El título de la novela hace referencia al río Masacre o Dajabón que funge como línea divisoria en la región norte de la frontera. Prestol Castillo narra con crudeza el exterminio de miles de haitianos durante octubre de 1937.⁸⁰ En ese sentido la novela pretende ser una denuncia de la atrocidades del exterminio de haitianos. Sin embargo, es en la imaginación geográfica desplegada en la novela donde es posible observar a un autor, reproductor de la mitología histórica sobre las relaciones fronterizas entre dominicanos y haitianos. La novela pretende explicar y darle sentido a un problema definido como tal de antemano; por allí, por la frontera, se jugaba el destino de la patria dominicana. Es importante señalar que esta novela no fue escrita para formar parte del programa cultural de la dominicanización fronteriza, más bien pretende ser una especie de puesta en balance del asesinato de haitianos y de la política fronteriza. Parte de su relevancia estriba en que es el producto de la experiencia del autor mientras estuvo destacado como burócrata en la frontera.

79 Prestol, *Masacre*, 1991. Freddy Prestol Castillo nació en San Pedro de Macoris en junio de 1914 y murió en Santo Domingo en febrero de 1981. Fue abogado y desempeñó los cargos de Procurador Fiscal de Neyba, Juez de Instrucción en San Cristóbal y Dajabón. Publicó relatos y artículos en la prensa dominicana y las novela *El Masacre se pasa a pie* y *Pablo Mamá*, también publicó un folleto titulado *Paisajes y meditaciones de una frontera*, 1943.

80 Bernardo Vega ha realizado un balance de los estimados de las muertes haitianas en la masacre de 1937 y considera que el estimado más correcto debe fluctuar entre 4,000 y 6,000 víctimas, dato que, dice, cuadra con la información producida por la Legación norteamericana en “un documento para consumo interno de Washington, en septiembre de 1938.” Vega, *Trujillo*, 1995, pp. 341-353, vol. II.



El análisis de la imaginación geográfica no puede prescindir de la literatura como una de sus fuentes para estudiar los significados del paisaje y,⁸¹ en el caso dominicano, del espacio de la frontera. Entiendo que las estructuras narrativas de los textos de ficción e históricos son semejantes. Tanto unos como otros parten de una mirada a la realidad cuyo resultado es la producción de textos que pretenden dar cuenta de la misma mediante la creación y la transmisión de significados.⁸² En ese sentido, no se trata de verificar el contenido documental de las narraciones, históricas o literarias, sino de analizar el poder de los significados que en ellas son expuestos. En este caso, el significado del paisaje y de la geografía de la frontera desplegados en dos tipos de textos no históricos: la novela y el relato de viaje.

En la novela, la narración del desplazamiento hacia la frontera se inicia en un lugar indeterminado del camino. El viaje se hace en un “*carromato cualquiera*”,⁸³ un carro viejo. La afirmación de la mediocridad del transporte adelanta el paisaje que construirá el narrador. Ese era el auto apropiado en la medida en que “*nadie mandará buenos carruajes a aquellos contornos del desierto*”. El desierto es convertido en destino, y hacia esas lejanías es “*natural*” que sólo vayan “*restos de máquinas y restos de hombres*”. La noción del desierto apunta hacia un enfrentamiento entre el letrado y un determinado paisaje de la patria. El desierto, el espacio vacío y el paisaje fueron propuestos como problemas políticos y culturales en los que estaba en juego la modernidad de la patria. Beatriz Sarlo comenta que

81 Crang, *Cultural*, 1998, pp. 43-58; además, Schama, *Landscape*, 1995; Pocook, *Humanistic*, 1981; Barnes y Duncan, *Writing*, 1992; Duncan y Ley, *Place*, 1993.

82 White, *Contenido*, 1992; White, *Tropics*, 1995.

83 Prestol, *Masacre*, 1991, p. 24.



*“se califica desierta a una extensión física que es sólo naturaleza, pero también es desierto, un espacio ocupado por hombres cuya cultura no es reconocida como cultura. La palabra desierto, más allá de una denominación geográfica o sociopolítica, tiene una particular densidad cultural para quien la enuncia, o, más bien, implica un despojamiento de cultura respecto del espacio y los hombres a que se refiere. Donde hay desierto, no hay cultura, el Otro que lo habita es visto precisamente como Otro absoluto, hundido en una diferencia intransitable”.*⁸⁴

El desierto es la categoría que nombra un espacio particular, identificado con el vacío, para luego rellenarlo de contenido y compararlo con los modelos culturales que habitan en las cabezas de los letrados. El término desierto y el vacío que implica, fijan una relación con el territorio y todo lo que él sostiene. El desierto es una metonimia de la Utopía, es la parte del país, del territorio donde no ha ocurrido historia; por lo tanto hay que inventársela y contarla, evitando que esa zona del país sea una total exterioridad, aunque sea especificando su diferencia.

La narración del viaje continúa señalando el paso por un lugar reconocible: *“Después de Santiago”*. La afirmación indica el último reducto de civilización, de urbanismo reconocible que queda atrás. Santiago de los Caballeros⁸⁵ es

84 Sarlo, “Origen”, p. 15, citado por Montaldo, *Pronto*, 1993, pp. 36-37.

85 La ciudad de Santiago de los Caballeros está situada en la parte central de la región del Cibao. Durante los siglos XIX y XX sirvió como centro de almacenaje y sede de comerciantes que mercadeaban el tabaco hacia mercados exteriores utilizando el puerto de Puerto Plata. La importancia comercial de Santiago la constituyó en el segundo centro urbano del país y la actividad comercial propendió a la forjación de una élite comercial que desde Santiago controlaba los enlaces entre la producción campesina del Cibao y los mercados en el exterior. Hoetink, *Pueblo*, 1997, p. 88; San Miguel, *Campesinos*, 1997, pp. 105.



propuesto como una frontera, el límite de un paisaje donde el narrador se reconoce debido a que es urbano. Lo desconocido se le viene encima. Se abre a su vista, y a la de los lectores, una carretera salpicada de pueblos tristes y secos, de “*niños flacos, espectrales (...) de casas bajas y pardas, de cana*”. Los efectos del sol generan un paisaje seco y desértico. En el paisaje que narra Prestol Castillo no existe nada que lo haga reconocible; hasta que el “*viejo y querido mar*”, “*al fin*”, marca el próximo límite de la geografía del relato. La geografía del paisaje que construye este autor dicta las fronteras geográficas del relato. Las distancias puntualizadas, no en medidas, sino en rasgos y estados de ánimos provocados por el paisaje descrito, lo introducen a la frontera.

“*¡Dajabón al fin!*”: el destino del narrador que, al mismo tiempo es límite geográfico de la República Dominicana y también es el cierre de la espacialidad inicialmente abierta por el itinerario del viaje en la narración. El recorrido ha llegado a su fin; ¿y cuál es el paisaje en el que irrumpe el nuevo personaje de la frontera, el joven abogado? Se trata de un pueblo tostado por el sol más caliente de la isla: “*una aldea pajiza, de estampa indígena, con sus tres calles vacías y soñolientas, que terminan en el Masacre, donde el pueblo lava sus pies de barro*”.⁸⁶ Dajabón, el límite del viaje, también contiene un final espacial: el río. El cuerpo de agua se convierte en un límite inmenso en la medida en que tiene varios significados: sirve de marca final al trayecto del narrador, al pueblo de Dajabón y a la República Dominicana. El río Masacre, a pesar de su pequeñez, es presentado como una especie de cierre o de puerta, aunque, eventualmente, el narrador se percatará de que es una puerta que siempre está abierta.

86 Prestol, *Masacre*, 1991, p. 25.



El paisaje de soledad creado por la narración sugiere los estados de ánimo que posibilitan la escritura de Prestol Castillo. De tal manera, el paisaje y la geografía, además de la historia trágica de la región, también determinan el relato que se narra. El poder de la sabana sobre el espíritu es deprimente. El narrador la recorre “*como un muerto*” sintiendo por el camino un sabor ocre proveniente de “*aquellos pajonales pardo-grises donde la vaca abandonada por el hatero pace día por día una hierba dura y cerdosa*”⁸⁷. El establecimiento de lo extraño del paisaje y la soledad que lo permean recalcan una idea constantemente sugerida desde el inicio del relato: el exilio como condición de la escritura.

Caren Kaplan ha señalado que “*in literary criticism, the model for the author or critic is the solitary exile who is either voluntary expatriated or involuntary displaced*”.⁸⁸ Añade que no es accidental que la expatriación genere un discurso de autoría que ha sido analizado por la crítica literaria como un “*imperative of displacement*”. La noción de exilio, dentro de esta perspectiva de análisis, se convierte en una especie de privilegio-rito de iniciación para el escritor debido a que proporciona la distancia necesaria para reflexionar y escribir sobre su objeto de estudio. Se trata de una especie de “*detachment*” que es propuesto como la precondition que posibilitará en el autor los estados de ánimo necesarios para que sea posible el ejercicio creativo.⁸⁹

Sin embargo, el exilio también puede ser entendido como un tropo literario y, por consiguiente, como algo construido. Su construcción juega un papel determinante en la estética de la creación y, al mismo tiempo, distancia o crea un espacio

87 Ibid., p. 27.

88 Kaplan, *Questions*, 1996, p. 4.

89 Ibid., pp. 33-49.



particular y privilegiado donde el autor disfruta de una lejanía, impuesta pero al mismo tiempo deseada, de la política y la historia, lejos de “*la contaminación*”. El exilio se convierte, en la modernidad literaria, en una posición privilegiada desde la cual se logra legitimar puntos de vista y a partir del cual se inicia profesionalmente un autor y entra en el campo de la escritura.⁹⁰ Es en relación con ese paisaje y sus pobladores que el narrador construye su ausencia.

En el paisaje de la frontera, la dominicanidad es la gran ausente. La educación, que estaba llamada a transmitir la dominicanidad era “*un paraje de fealdades*” poblado por haitianos y “*catizos*”, o sea híbridos. En la escuela de El Almácigo, un lugar de la frontera “*agreste, en soledad, sin caminos*”, la maestra

“es la única persona que sabe eso de que hay una República Dominicana. ¿Qué es eso?... dirían los asombrados habitantes del paraje, que sólo tienen una vida mísera, como la de los cerdos, sin noción de patria”.⁹¹

Inmerso en esa soledad fronteriza que construye escribe el narrador. Señala Prestol Castillo:

“escribí bajo el cielo fronterizo. Sin darme cuenta, yo estaba exiliado. Evidentemente en aquel yermo era un preso más, sin ser preso (...) Escribía furtivamente, mientras la aldea dormía. Y en aquel meandro profundo de silencio yo pensaba en mi triste destino: condenado a la soledad, lo mismo que mi generación, penitenciada a la esterilidad”.⁹²

El escritor que se encuentra en el exilio nunca logra sentirse en casa, y el “*displacement*” provoca una melancolía

90 Ibid., p. 36.

91 Prestol, *Masacre*, 1991, p. 84.

92 Ibid., p. 7.



y una nostalgia por la irreparable separación de lo familiar. El acto de escribir se convierte en una acción de poder ya que pretende romper con la esterilidad. Escribir será la recompensa por la pérdida y la inseguridad que provocan el exilio. Mas, ¿cuáles fueron las características de esa soledad que tanto horror le causaba? Considero que en ellas es posible encontrar las tensiones claves de la argumentación de la novela. El narrador construirá el paisaje fronterizo que interpretará para encontrar allí las claves de sus miedos.

Su primera observación al arribar a Dajabón fue la constatación de la soledad a la que había llegado: “*¿No hay gentes?(...) Poca. Casi todos han huido. Aquí la gente sigue emigrando, desde los días coloniales. Veo negros espantados y bocas mudas*”.⁹³ Ante la desolación y la mudez del entorno, se pregunta ¿qué ocurre en Dajabón? La extrañeza de que casi no hubiera personas manifiesta el tipo de vacío al que se enfrenta: falta de civilización, de movimiento y de comunicación. El aislamiento parece ser total. Desde el inicio de la novela, el paisaje fronterizo narrado será uno carente de dominicanidad. En el intento de explicar la manera en que los haitianos habían poblado la región, Prestol Castillo construye una alteridad haitiana que oscila entre nociones de trabajo, de animalidad y de estado vegetal. “*El haitiano comía de los frutales y tiraba la simiente al llano. Nacían árboles. Muchos árboles. También, en las barracas del hato, nacían haitianos, muchos haitianos. La tierra se poblaba de haitianos y de árboles*”.⁹⁴ Ellos serán parte de la población del paisaje.

Cuando mejor queda ejemplificado cómo construye el paisaje el narrador y cuál es el significado que le adjudica es cuando introduce el personaje de la maestra. La maestra había llegado a la frontera por una orden ejecutiva de la Secretaría de

93 Ibid., p. 25.

94 Ibid., p. 30.



Estado de Educación. De entrada, la maestra es lo reconocible, es una especie de referente que alivia la soledad del exilio y del aislamiento. Sus encantos se enfatizan al irrumpir en un espacio fronterizo tan horrendo. “*En aquel paraje de fealdades la maestra era el contraste: era bonita*”.⁹⁵ En el paisaje fronterizo que narra Prestol Castillo la maestra es la única que conoce y le interesa lo que es la patria.

El paisaje fronterizo estaba poblado por bárbaros cuyo sadismo se activaba ante la exuberante belleza de la maestra.⁹⁶ Su belleza contrasta con el paisaje, eso la resalta por sobre todas las cosas que significan a la frontera. La maestra, una muchacha del sur de la Isla, tenía un color canela y ojos verdosos, bellas trenzas negras y un cuerpo propio de una modelo en una aristocrática sala de modas de una gran ciudad.⁹⁷ Su presencia en la frontera constituye una especie de oasis de belleza y de ciudad en un lugar que es todo lo contrario: un paisaje de estudiantes desnudos, sin ideas de lo que es la patria. El autor construye unos opuestos claramente identificables, y es mediante esos binarismos que hace su propuesta sobre lo que es la frontera y la vida en aquellos parajes. La representación de la maestra facilita el enfrentamiento de los mundos que construye. Belleza versus fealdad, la ciudad contra el campo, la corrupción frente a la rectitud, el alfabetismo contra el analfabetismo, negros e híbridos culturales y raciales, “*serranos*”, frente a la civilización y la homogeneidad cultural. Todas estas tensiones convergen en el espacio fronterizo que imagina Prestol Castillo.

Esta es la lectura de la región fronteriza que hace el narrador. Su sentido de extrañeza se agudizó porque lo

95 Ibid., p. 83.

96 Ibid., p. 83.

97 Ibid., p. 83.



descubierto no contaba con el punto referencial de la dominicanidad y lo constitutivo de su idea de nación estaba desbandado en la frontera. Prestol Castillo crea un narrador que ausculta, como buen letrado, en el paisaje para dar cuenta del caos. El caos es organizado como tal, quedando de paso legitimada su escritura sobre el mismo. Si su escritura es validada por la lectura del espacio fronterizo, lo relatado, a su vez, legitimará la intervención del Estado en la recuperación de aquel entorno. Esta novela, a pesar de que pretende ser una denuncia de la matanza del 37, no está al margen de las relaciones de poder que le adjudicaron significados duros y demonizados a la región fronteriza y a los que la habitaban.

Si Prestol Castillo narró en su novela la precariedad del paisaje de la frontera dominicana, Manuel Marrero Aristy⁹⁸ en su folleto *En la ruta de los libertadores* constató la superación de la desgracia. La intención de Marrero Aristy será observar los efectos de “*las huellas que dejara el Generalísimo*” en la región fronteriza. Su intención, declara, fue observar e informar al público sobre el proceso de dominicanización fronteriza llevado a cabo por orden de Trujillo.⁹⁹

98 Para Michiel Baud, la relación de Marrero Aristy con el trujillato puede ser representativa de la intelectualidad durante la Era. Apunta que en ocasiones este intelectual mostró una posición ambigua con relación al régimen; no obstante, produjo obras que reproducían las coordenadas de la retórica trujillista. “*Marrero a veces trataba desesperadamente de mantener una mínima autonomía intelectual. En otros momentos defendía de todo corazón al gobierno. La ambigüedad principal de muchos intelectuales era que, aunque rechazaron los métodos de Trujillo, en el fondo compartían muchas de sus ideas*”. Como otros intelectuales vinculados al trujillismo, especialmente los estudiados en esta tesis, Marrero Aristy escribió sobre el tema de la frontera, y vinculó los temas de la identidad y la seguridad de la nación a la problemática fronteriza dominico-haitiana. Baud, “*Permanente*”, en González y otros, 1999, pp. 181-212.

99 Marrero, *Ruta*, 1943, p. 11.



En el relato de Marrero Aristy, la verdad de lo que narra, las respuestas a todas sus preguntas e ideas sobre la frontera, están contenidas en el paisaje. De la misma manera que Prestol Castillo, Marrero Aristy, rememora durante su viaje hacia la frontera lo que conoce sobre la región. Sabía que en la frontera se estaba dando una transformación: imaginaba “*edificios a medio construir, zanjas de canales, piedras y material removidos, obreros... y nada más*”.¹⁰⁰ En ese momento de la narración, Marrero Aristy construye dos espacios: uno, el de su imaginación, y otro que remite a la realidad, el físico.

En su narración, el cambio que se opera en la región no está en entredicho; lo que impresionará al autor será el ritmo y la intensidad con la que ha acontecido. El tema de la rapidez de la transformación del paisaje de un paisaje rural, atrasado, enfermo y peligroso, a uno moderno, eficiente y sano, será uno de los tropos que ordenará su argumentación. La velocidad de la transformación es manejada en la narración de forma celebratoria. La confirmación de la falta de correspondencia entre la realidad que construye Marrero Aristy y la imaginación del autor enfatizan la eficiencia de los que están liderando los cambios que están ocurriendo en la frontera. La sorpresa del autor al ver el paisaje transformado pretende comunicar la importancia del proyecto de dominicanización fronteriza y la prioridad que reviste el mismo.

En la narración la reconstrucción del paisaje de la frontera es importante ya que el mismo será el objetivo de la acción política de Trujillo. La importancia de la gesta del dictador estriba en la magnitud y la complejidad del enemigo enfrentado. El paisaje que va a ser transformado es poderoso y complejo; en él están inscritos los rasgos que deben ser domados, y para cambiarlos hacía falta la presencia de una autoridad capaz de hacerlo con eficiencia y prestancia. De la

100 Ibid., p. 11.



complejidad y peligrosidad del paisaje resulta el prestigio de la empresa emprendida y de quien la dirige: Trujillo. La expresión y representación de la magnitud del poder, en este caso, fue condicionada y medida por la forma en que Marrero Aristy construye narrativamente el paisaje de la frontera que hay que transformar. Marrero Aristy es detallista y dramático en su descripción de lo que observa durante el inicio de su viaje. *“Sol y polvo gris, soledad y cactus, como única decoración de aquellos lugares, llenaban la mente, los ojos, el espíritu, como una letanía de desesperanza”*.¹⁰¹

Fue esta rudeza de la *“decoración”* descrita la que provocó en Marrero Aristy la formulación de la pregunta que guiará su mirada: *“¿Hasta dónde podrán modificar todo esto el genio y la voluntad de Trujillo?”* Distinta a la de Prestol Castillo, la mirada de Marrero Aristy es celebratoria ya que confirma una transformación, una alteración en el paisaje. La respuesta a la pregunta, apunta, le llegó por *“los ojos”* durante los quince días que se prolongó su viaje. Ver se convirtió en la manera de constatar una verdad que adquiriría, con el acto, un carácter incuestionable. Marrero Aristy se convierte en los ojos de todos los dominicanos; a través de sus ojos todos deben confirmar lo que está sucediendo en la frontera. El tropo del viaje y el de la visión son tropos espaciales; ambos facilitan la construcción de los espacios necesarios para que lo narrado adquiera poder y categoría de verdad.

De tal manera, el viaje y la vista proporcionarán sentido a la narración en la medida en que, al desplazarse y al observar, el autor identifica un paisaje particular al que dotará de significados, aparentemente extraídos del mismo paisaje. Se parte de la premisa de que el mundo físico, la realidad, se encuentra en una relación de exterioridad con relación al que *“viaja”* y *“ve”*, quien relata exactamente lo que vio. El

101 Ibid., p. 11.



escritor, en este caso Marrero Aristy, debe convencer a sus lectores no sólo de que estuvo allí, sino de que si nosotros hubiésemos estado, hubiéramos visto, sentido y concluido lo mismo que él. Los tropos del viaje y de la vista tienen la facultad de establecer de antemano el espacio sobre el cual se posará la mirada del viajero y proporcionan el efecto de realidad y verdad en tanto que la visión, ese estar allí del que habla Clifford Geertz,¹⁰² ha sido uno de los recursos más utilizados por la Etnografía y el periodismo para convencer a los lectores sobre la verdad de lo que se dice. Para Geertz,

“el dominio de un gran número de detalles culturales altamente específicos ha sido el modo fundamental con que la apariencia de verdad se ha acostumbrado a buscar en dichos textos. Todas las dudas que el lector pueda sentir ante la rareza de dicho material quedan despejadas por su simple abundancia”.¹⁰³

Mas, contrario a Prestol Castillo, el tropo del viaje no transporta hacia el pasado para confirmar la tragedia de la historia de la República Dominicana. En este caso, el viaje ocurre en el presente y se proyectará hacia el futuro. Señala Marrero Aristy que se

“imaginaba edificios a medio construir, zanjas de canales, piedras y toda clase de material removidos, obreros (...) pero nada más. Y la desolada sequía que ardía ante mis ojos desde Bani a lo largo del camino de Elías Piñas, iba saturando mis ideas de la misma desolación del paisaje”.¹⁰⁴

Para Marrero Aristy el cambio está iniciado pero que las obras estarían a medio hacer. Sin embargo, las obras observadas comunican lo contrario, de manera, comenta, que

102 Geertz, *Antropólogo*, 1989.

103 Ibid., p. 13.

104 Marrero, *Ruta*, 1943, p. 12-13.



“el que llega hoy a Elías Piña va a asistir a un espectáculo interesante” y añade, *“pero por más preparado que vaya el viajero, siempre será sorprendido”* por la obra material que se está construyendo y por la *“inoculación de la cultura nacional”* en aquellos lugares.¹⁰⁵

Los tiempos históricos y los espacios son enfrentados por la narración y la superación del pasado es confirmada por la visión. Para demostrarlo, Marrero Aristy puntualiza que *“lo que fuera antes una aldea pajiza y gris de la frontera, Elías Piñas –antiguamente Comendador– es hoy centro febril y punto de partida de la más extraordinaria empresa de colonización emprendida por un gobierno nuestro”*.¹⁰⁶ Comenta Marrero Aristy que

“el pasado y el presente, como en una composición fotográfica, saltan a la vista del recién llegado marcando visibles contrastes. Los viejos bohíos van cayendo y en sus solares se levantan ahora edificios modernos con las piedras, la cal y la arena que durante siglos durmieron inútiles en el mismo lugar”.¹⁰⁷

La colonización de la que habla Marrero Aristy se puede percibir a través de los ojos, un nuevo paisaje está siendo construido allí donde antes imperaba el atraso. El pasado estaba siendo derrumbado y sobre sus escombros se levantaba un nuevo paisaje en la frontera. Era posible ver los nuevos caminos que serpenteaban *“por lo más abrupto de las laderas”* de las colinas; los lugares donde antes sólo habían correteado los *“chivos del sitio, hoy son transitados por camiones y automóviles”*.¹⁰⁸

105 Ibid., p. 20.

106 Ibid., p. 19.

107 Ibid., p. 20.

108 Ibid., pp. 20-21.



Conclusión

El espacio nunca es algo ontológicamente dado, por lo que sus significados se producen a partir de un recorrido por unas cartografías discursivas. Entonces, las narraciones históricas y los relatos en general producen significados sobre el espacio y la geografía. Los espacios en las narraciones históricas regularmente son asumidos como algo dado, fijo, el lugar donde ocurre la trama narrada. Sin embargo, en la realización de este estudio asumí que los espacios son productos culturales cuyos significados son adjudicados o construidos y que forman parte de un conjunto de significados más amplios que pretenden dar cuenta de una historia nacional. Las historias nacionales son uno de los grandes productores de espacio, especialmente cuando se trata de contar la historia de sus fronteras nacionales. Las mismas están basadas en una idea de Estado nacional como contenedor territorial y geográfico, y se valen de metáforas orgánicas para enfatizar y vincular las ideas de nación y de soberanía a una noción de espacio territorial que adquiere categoría de inviolable.

En este ensayo realicé un estudio sobre las metáforas y los significados que algunos escritores identificados con el trujillato elaboraron para relatar la historia de la frontera dominico-haitiana. Una de las preguntas que recorre este trabajo es cómo el espacio de la frontera y los que lo habitaban fueron entendidos como un problema cuya resolución debía ser prioridad del Estado trujillista. La respuesta a esta pregunta hay que buscarla en la forma en que fueron construidas las narraciones analizadas y su fuerte énfasis en dotar de significado a lo que llamaron el problema fronterizo. Los autores estudiados partieron de la premisa de que por aquel lugar se jugaba la salud de la nación. Estas narraciones deben ser entendidas en el contexto de la producción de una



imaginación histórico-geográfica de un Estado nacional, el dominicano, y por consiguiente todas se encaminaron a representar una idea de territorialidad donde quedase delimitado el espacio que debía ocupar y defender la nación. Es en ese sentido que la frontera, como noción espacio-territorial, adquiere preponderancia en el proceso de imaginar a los Estados nacionales, en la medida en que se trata del proceso de institucionalización de los límites territoriales del Estado al cual se pertenece. La imaginación histórico-geográfica del territorio reconstruirá una memoria geográfica que dará cuenta de la vinculación de las ideas de nación y soberanía a la territorialidad que es trazada y enfatizada por una mirada al pasado y al futuro.

En el caso dominicano, durante la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo la cuestión racial y las relaciones entre los Estados que comparten la a Isla La Española fueron parte de un discurso nacionalista que se articuló en distintas instancias. En términos de las relaciones internacionales, se intentó poner fin a los diferendos fronterizos y, a nivel intelectual, se desató una producción que intentó legitimar tanto la figura del dictador como la política implementada por su gobierno. La producción intelectual pretendió abarcarlo todo y formular las verdades sobre el pasado dominicano. La frontera, como espacio geográfico y como noción jurídico-política, fue uno de los temas más atendidos.

En ese ejercicio se formularon los significados que legitimarían la política trujillista en aquellas comarcas y se construyeron las verdades históricas que le proporcionarían sentido al pasado y al presente de la frontera. Utilizando los argumentos de la crítica cultural en la historia y en la geografía relacionados a los problemas de la representación, y los señalamientos de Michel Foucault sobre el binomio saber/poder, me acerqué a algunas obras y autores vinculados



al trujillato para estudiar la relación de sus representaciones y los significados de la geografía y el paisaje de la frontera dominico-haitiana con las ideas que articularon sobre la nación dominicana.

En las narraciones estudiadas, la frontera es planteada como un problema que supera la mera demarcación. Se trata de una frontera polisémica cuyo problema es ser porosa en todos los sentidos, y trágica en la medida en que la porosidad facilita la intromisión de todos los males que aquejan a la nacionalidad. El discurso histórico que conforman los autores estudiados es articulado por la idea de que la guerra con Haití –guerra militar, guerra cultural, guerra racial y biológica– es su condición de posibilidad. La reflexión histórico-geográfica que practican estos autores está signada por el deseo de significar en términos conflictivos las relaciones entre los Estados. Las verdades de la historia relatada introdujeron la idea de que la República Dominicana estaba en guerra y que la guerra se había hecho a través de la historia. En ese sentido, a pesar de la polisemia fronteriza que se evidencia en los distintos trabajos, los autores plantean una función particular para la frontera: la separación de todo lo que queda más allá de la misma.

La idea de nación desplegada en estas narraciones está condicionada por la resolución del problema fronterizo y el paisaje de la región se convierte en un archivo para los narradores, quienes se lanzan a identificar las marcas que confirmarán los peligros que corre la dominicanidad. Todos imaginan una espacialidad en la que debe estar constreñida la nacionalidad dominicana, un territorio que la represente, y donde sus rasgos deben ser identificables. No identificarlos significó puntualizar la posibilidad de su pérdida. Construyeron una idea del paisaje y de la geografía fronteriza vinculada a sus ideas de nación, e imaginaron a las otredades



que le sirvieron para articular la identidad nacional dominicana. Para los autores estudiados, la frontera debía señalar el límite político y cultural entre la República Dominicana y Haití. La creación de la frontera como un problema histórico y geográfico sirvió como un potente recurso forjador de mitos nacionales y como un articulador de deseos de control y orden sobre el tiempo y el espacio.

Bibliografía

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginarias. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Balaguer, Joaquín. *El futuro de la República Dominicana: Análisis de los antecedentes histórico y de la significación política y moral de la obra de nacionalización fronteriza del presidente Trujillo*. Ciudad Trujillo, 1942.

Balaguer, Joaquín. *El centinela de la frontera*. Santo Domingo, 1974.

Balaguer, Joaquín. *La isla al revés*. Santo Domingo, Editora Corripio, 1983.

Balaguer, Joaquín. *Memoria de un cortesano de la Era de Trujillo*. Madrid, G. Del Toro, 1989.

Barnes, Trevor and Duncan, James. *Writing Worlds: Discourse, Text and Metaphor in the Representation of Landscape*. Londres, Routledge, 1992.

Cassá, Roberto. *Los doce años*, 2ª ed. Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1991.

Céspedes, Diógenes. “El efecto Rodó. Nacionalismo idealista vs. nacionalismo práctico: Los intelectuales antes de



y bajo Trujillo”. *Cuadernos de Poética*, No. 17, enero-abril, 1989.

Crang, Mike. *Cultural Geography*. Londres, Routledge, 1998.

Daniels, Stephen. “The Political Iconography of Woodland in Later Georgian England”, en Cosgrove, Dennis and Daniels, Stephen, (eds.). *The Iconography of Landscape*. Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

Davis, Duglas. “The Ecocative Symbolism of Trees”, en Cosgrove, Dennis and Daniels, Stephen, (eds.). *The Iconography of Landscape*. Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

De Certeau, Michel. *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, 1993.

Dorra, Raúl. *Profeta sin honra: Memoria y olvido en la narraciones evangélicas*. México, Siglo XXI Editores y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1994.

Duncan, James y Ley, David. *Place /Culture /Representation*. Londres, Routledge, 1993.

Fleury, Víctor. *Cien dominicanos célebres*. Santo Domingo, Publicaciones América, 1974.

Fennema, Meindert y Lowenthal, Troetje. *La construcción de raza y nación en Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora de la UASD, 1987.

Foucault, Michel. *Genealogía del racismo*. Madrid, Las Ediciones de La Piqueta, 1992.

Geerts, Clifford. *El antropólogo como autor*. Barcelona, Editorial Paidós, 1989.



González, Raymundo. "Peña Batlle y su concepto histórico de la nación dominicana". *Ecós*, Órgano del Instituto de Historia de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, No. 3, 1994, pp. 11-52.

González, Raymundo. *et. al, Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana, (Siglos XIX y XX)*. Madrid, Ediciones Doce Calles y Academia de Ciencias de la República Dominicana, 1999.

Hoetink, Harry. *El pueblo dominicano 1850-1900: Apuntes para su sociología histórica*. Santo Domingo, Librería La Trinitaria, 1997.

Inoa, Orlando, *Azúcar, árabes, cocos y haitianos*, Santo Domingo, Editora Cole y FLACSO, 1999.

Jarvis, Brians. *Postmodern Cartographies: The Geographical Imaginations in Contemporary American Culture*. New York, St. Martin's Press, 1998.

Jenkins, Keith. *Re-thinking History*. Londres, Routledge, 1991.

Kaplan, Caren. *Questions of Travel: Postmodern Discourses of Displacement*. Durham, Duke University Press, 1996.

Kellner, Hans. *Language and Historical Representation: Getting the Story Crooked*. Madison, The University of Wisconsin Press, 1989.

López, José Ramón. *La alimentación y la raza*. Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1985.

Lugo Ortiz, Agnes I. *Identidades imaginadas; biografía y nacionalidad en el horizonte de la guerra (Cuba 1860-1898)*. Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1999.



Mateo, Andrés L. *Mito y cultura en la Era de Trujillo*. Santo Domingo, Librería La Trinitaria, 1993.

Marrero Aristy Manuel. *En la ruta de los libertadores: Impresiones de un periodista*. Ciudad Trujillo, *La Nación*, 1943.

Montaldo, Graciela. *De pronto el campo: Literatura argentina y tradición rural*. Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 1993.

Munslow, Alum. *Deconstructing History*. Londres: Routledge, 1997.

Pabón, Carlos, "De cómo se (de)construye el pasado". *Bordes*, No. 6, 1998, pp. 6-17

Peña Batlle, Manuel A. *El sentido de una política*. Ciudad Trujillo, *La Nación*, 1943.

Peña Batlle, Manuel A. *Historia de la cuestión fronteriza dominico-haitiana*. Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc., 1988.

Peña Batlle, Manuel A. *La Isla de La Tortuga*. Santo Domingo, Editora Taller, 1988.

Pocook, D. *Humanistic Geography and Literature*. Londres, Croom Helm, 1981.

Prestol Castillo, Freddy. *Paisajes y meditaciones de una frontera*. Ciudad Trujillo, Editorial Cosmopolita, 1943.

Prestol Castillo, Freddy. *El Masacre se pasa a pie*. Santo Domingo, Ediciones Taller, 10ª ed., 1991.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones Norte, 1984.



Sáez, José Luis. *Los jesuitas en la República Dominicana: los primeros veinticinco años (1936-1961)*. Santo Domingo, Museo Nacional de Historia y Geografía/Archivo Histórico de la Antillas, 1988.

San Miguel, Pedro L. *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*. San Juan-Santo Domingo, Editorial Isla Negra/Librería La Trinitaria, 1997.

San Miguel, Pedro L. *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*. San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1997.

San Miguel, Pedro L. "Falsos (además de confusos) comienzos de una disgresión sobre historia y antropología". *Op.Cit., Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, No. 11, pp. 33-62. Universidad de Puerto Rico, 1999.

Schama, Simón. *Landscape and Memory*. New York, Vintage, 1995.

Vega, Bernardo. *Trujillo y Haití*, (1937-1938), Vol. II. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1995.

White, Hayden. *Tropics Of Discourse*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1995.

White, Hayden. *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

White, Hayden. *El contenido de la forma: Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1992.

